

1912, no es únicamente redimir una porción de tierra de una potestad extraña. Las naciones no están hechas el día que los tratados diplomáticos y las determinaciones geográficas les han marcado sus fronteras. La patria no es sólo una entidad geográfica sino también una entidad histórica, y el país que de verdad merece tal título, no lo es por la virtud única de las cartografías. Estas últimas no hacen sino limitar el terreno donde los espíritus activos y las manos emprendedoras deben levantar luego la sólida y majestuosa fábrica en que ha de guardarse, como precioso licor en fino vaso, el espíritu nacional. La patria tampoco es lo que se enseña en las escuelas: la tierra en que se confunden los huesos de nuestros mayores. Este concepto es apenas una mala figura retórica. No. La patria verdadera es otra cosa. Es el ambiente de ideas y sentimientos que crea con sus alientos comunes un grupo de hombres en un lugar determinado del planeta. Francia, por ejemplo, es más bien que la nación que sabemos limitada por el Mediterráneo risueño y el nebuloso canal, el discutido límite del Rin y el viejo Pirineo, el país donde resplandecen con fulgor cierto y continuo las más altas empresas del pensamiento y las más desinteresadas devociones del corazón. Los huesos que abonan el suelo galo no son propiamente los esqueletos celtas, sino los mármoles divinos de Idrac y los eternos bronceos de Rodín, y la bandera francesa está tejida antes que con las sedas de Lyon, con los arreboles imaginativos de Víctor Hugo y las finísimas urdimbres filosóficas de Ernesto Renan.

Y así como dijimos de Francia ayer, podemos decir ahora de Italia, la fiesta de cuya unidad va a celebrarse dentro de muy pocos días. Italia no la componen solamente sus altísimas montañas, sus valles magníficos, sus dormidos lagos y sus mares rumorosos. Nó. El patriota italiano, estamos seguros de ello, tiene más cerca de su corazón la memoria de Manin que el

recuerdo de las vénetas lagunas, y prefiere el tomo en que cuenta sus peregrinaciones extraordinarias aquel terrible viajero del Infierno, del Purgatorio y del Paraíso que se llamó Dante Alighieri, a las viñas toscanas y a los trigales de Campania. Sí. Italia es más bien que la península que figuró el artífice supremo de los mundos cual una bota inmensa, golpeando, como sobre un sepulcro, sobre la mitológica tierra de Sicilia, la patria del florentino excelso que encendió con el calor de sus pasiones los círculos infernales, donde todo vicio tiene su castigo y todo pecado su tormento, del bardo enamorado que creó con sus arrebatos y sus éxtasis de amor el cielo en que había de vivir, espléndida y eterna, su novia ideal; la patria de Leonardo, el pintor incomparable que retrató toda una época de hermosuras y refinamientos en una tela eterna y que puso todos los encantos del Renacimiento en la sonrisa sutil de su enigmática Gioconda; de Miguel Ángel, el titánico imaginero de Sibilas y profetas, que padeció aquí abajo, según la feliz ocurrencia de un literato francés, las nostalgias de un dios desterrado entre los hombres; de Boccaccio que edificó a fuerza de ingenio y a golpe de carcajadas el palacio deslumbrador de la prosa italiana, de Petrarca, «a quien debió Laura el don precioso de haber recibido honores celestes en la tierra»; de Tiziano que dijo con su paleta los regocijos de la sensualidad y del Tasso que expresó con su lira divina las bellezas del heroísmo; la cuna, en fin, de Mazzini, el valiente conspirador ligurio que supo escribir con la pluma y el ejemplo los deberes del hombre y del ciudadano, y de Garibaldi, aquel héroe rubio como un Dios del Norte de quien dice el poeta que tenía melenas de león y fulgores de arcángel.

Eso, señores, es Italia. He allí por qué los hombres de todos los climas y de todos los tiempos se han descubierto siempre respetuosos ante la imagen de esa hermosa maestra de las artes y las letras, de esa generosa protectora